



# LA CRUZADA,

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

## SUMARIO.

*Patria y Religion* (conclusion), por D. Florencio Plá y Sampedro. —  
Abril de 1767. *Abril de 1867* (continuacion), por D. Vicente de la  
Fuente. — *La cuna vacia*, poesia, por D. J. Selgas. — *El Catolicismo  
en la Argelia*, por D. P. de Jove y Hevia.

## PATRIA Y RELIGION.

### ESTUDIOS FILOSÓFICO-HISTÓRICOS.

*Aujourd' huy.... chacun scrute jusque  
dans leurs bases la religion, la politique  
et la société. Plus on creusse ces ques-  
tions si diverses, plus on s'aperçoit  
qu'elles sont intimement unies....*

EMILE KELLER. L'EGLISE, L'ETAT, ET LA LIBERTÉ. PREFACE.

### ARTÍCULO PRIMERO.

(Conclusion.)

Y como los godos en España, así fundan otro imperio los francos en las Galias, y en Italia se establecen también los ostrogodos, y más tarde los lombardos, y en Inglaterra los anglo-sajones. El coloso romano, al caer del pedestal que le labraran su sábia administracion y sus conquistas, se quiebra en pedazos, que son

cubiertos por el polvo, donde sepultados germinan al calor de la invasion, y las aniquiladas provincias reciben entonces nueva vida, tornándose en Estados poderosos; porque al asomar la invasion todavía conservaban los pueblos el último aliento de su nacionalidad contenido en el *municipio*. Pero Roma al morir se cerró en la tumba con la *unidad* que simbolizaba su poder y su grandeza, que de este modo se salvó de ser presa de los bárbaros; estos ahogaron entre sus brazos al imperio, y este pudo dar al viento su espíritu; aquellos recogieron los inanimados restos y el viento llevó á la tumba el don precioso que se le confiara. Y cuando los invasores repartieron el botin, echaron de menos algo grande que les halagaba y que ahora no parecia; y creyendo que unos á otros lo ocultasen, pelearon mutuamente disputándose la presa entera; mas todo en vano: habian recogido los dorados eslabones de la cadena y buscaban lo que no podian encontrar, porque nunca habia existido; esos eslabones constituyeran por sí todo el imperio, estando unidos; pero los bárbaros al cogerlos rompieron la cadena.

Mas hé ahí que aparece un hombre que adivina el secreto, y desde ese momento surge también el imperio

continuador del romano en Occidente. Miradle: es un varonil austrasiano de blonda y larga cabellera; sus ojos son grandes y vivos, su nariz es recta, y su espaciosa frente muéstrase digna de aprisionarse en una diadema; si su fisonomía tiene rasgos que nos traen á la mente la fuerza y energía de su padre, la espresion de su semblante es jovial, y la armonía y proporcion de sus formas nos recuerdan á su madre Bertha, la noble hija de la Germania; de elevada estatura y continente majestuoso: tal era Carlomagno. Su genio conquistador, ayudado por los poderosos elementos que encuentra en aquella sociedad guerrera, pasea sus armas triunfantes desde el Ebro hasta el Weser y del Océano al Adriático; los árabes abaten el pendon de la media luna ante la cruz de su espada, y el ídolo de Erminsul de los sajones, sorprendido en los bosques de la Germania, cae á los piés del valiente cristiano, que ciñe sus sienes con la corona de hierro de los lombardos. Organizador y político, dotado de un admirable golpe de vista, no tarda en descubrir en Roma la piedra angular de su edificio, y por eso es patricio y despues cónsul, y como si esto no bastase, el Pontífice, guardador de la tumba donde yacian las enmohecidas insignias imperiales, abre aquella y le entrega estas pulimentadas de nuevo para que en ellas se reflejara el esplendente sol cristiano.

Entonces su dignidad igualó á su poder, y al verse *augusto* quiso tambien ser *Mecenas*; su trono es sostenido por los condes y guerreros, y brilla por los sabios y literatos. Los hechos heróicos de Carlomagno bien merecian un cronista como el arzobispo Turpin; su grande imperio requería un legista y compilador de la talla del abad de Fontenelle; y para que la ignorancia escondiera avergonzada su cabeza, y la herejía se arrastrara por el polvo, había menester del impulso enérgico de Theodulfo, el sabio obispo de Orleans. Adalardo, consagrando su ardor juvenil á las armas, y empleando la madurez de su juicio en cultivar la ciencia en el retiro de su abadía de Corbie, sintetiza aquel imperio formado por la espada y sostenido por la unidad cristiana. Las artes se unen tambien con el espíritu de la época bajo la presion del nuevo emperador, y al estender este su brazo se levantan basílicas en las ciudades del imperio, y las ciencias encuentran abrigo en Fulde y San-Gall. Por estos pasos llega aquella córte á constituirse en centro de la actividad de entonces, y la amistad del poderoso franco viene á ser mirada como el más firme apoyo de los tronos; por eso el griego Nicéforo le envia embajadores, y Arun-al-Raschid ricos presentes.

Tal maravilla era la obra de un solo hombre, figura

colosal que ocupa un siglo; era el fruto de la armonía en que supo fundir los elementos esparcidos que encontraba en la sociedad. No de otro modo que diestro artífice logra portentosa obra en que inscribir su nombre, trabajando la esperiencia de sus maestros y la poderosa concepcion de su genio subordinadas á la belleza, así Carlomagno realiza sus elevadas miras, uniendo la grandeza militar de Cárlos Martel á la hábil política de Pepino, á la luz de la idea civilizadora cristiana. Por eso al oír su voz, francos, romanos y galos olvidan sus rencillas postrándose todos ante la cruz de su diadema; bajo su cetro se adunan la organizacion civil y la eclesiástica, y en los consejos del imperio andan confundidos los leudes y los condes con los obispos y abades, ora se reunan en los Campos de Marzo y Mayo, ora se congreguen en concilio; su espíritu bélico tiene cabida en los pesados castillos que levanta en las riberas del Rhin, y las nobles aspiraciones de su alma se dilatan en el ámbito sagrado de las catedrales, que elevan al cielo sus brillantes agujas por cima de los palacios de los magnates, ó encuentran provechoso solaz cultivando las letras en los claustros de las abadías, que prestan abrigo y descanso, ciencia y consuelo á la multitud que en torno suyo se agrupa; y sus *Capitulares*, inspiradas por los cánones de la Iglesia, son escritas en vista de los monumentos legislativos de Teodosio y Justiniano. Esto no obstante, Carlomagno no pierde su carácter originario que sella su obra, conservándose *germano* despues de restablecer la *civilizacion romana*.

Quando el emperador fatigado busca el descanso de la tumba, y deja caer de sus hombros tan pesada carga, el imperio se desmorona falto de apoyo, porque solo él podia sustentar unidas tan diversas moles. Obra de un dia tanta magnificencia, brilló mientras el astro luminoso no traspuso el horizonte, y cuando vino la noche dejáronse ver multitud de estrellas, pero la luz de todas no igualaba á la del sol. La accion de Carlomagno había sido viva, enérgica; sus contemporáneos habían hecho un esfuerzo para seguirle, y cuando él se rinde á la fatiga, no debemos maravillarnos de que su reino desfallezca y sea presa de la desunion en el momento en que se separa aquella alma levantada de aquel cuerpo vigoroso; y como el engrandecimiento fué rápido, así vino la decadencia. Las leyes privadas de los pueblos que habían sido respetadas por las del imperio estaban más arraigadas que estas, y logrando sobreponerse, deshicieron el último lazo que mantenía reunidas partes que no habían tenido tiempo de asimilarse. Aquel imperio bárbaro, que naciera por la idea cristiana que guiaba los pasos de su fundador, no pudo

subsistir desde que los bárbaros le retiraron su ayuda, prefiriendo ser hermanos pobres, viviendo aparte, á morar en comun llamándose hijos de un poderoso señor..... ¡Ah! Carlomagno tenia que ser grande hasta en la tumba, y no podia dejar en el mundo su grandeza.

Y en tanto, moribundo, ocultando sus vicios bajo una capa de deslumbrador oropel, arrastraba por Oriente su lánguida vida el imperio bizantino. Allí se encuentra algo que cautiva, que irresistiblemente nos arrastra; por todos los ángulos del imperio se detienen las miradas del viajero en elevadas basílicas y contemplan suntuosos palacios; cada paso está marcado por un teatro, por un hipódromo, por una estatua, admirable engendro de sus adelantadas artes. Bizancio ofrece al sabio sus bibliotecas, y convida al poderoso con los vastos bazares de su opulencia; de sus escuelas y liceos salen filósofos, jurisconsultos y gramáticos, y sus barrios albergan multitud de comerciantes y artífices; los bordes del Bósforo retratan baños y jardines, y pueblan el Archipiélago y el Ponto inmensas escuadras que trasportan á la metrópoli los más preciados dones que la naturaleza y el arte producen en aquellas privilegiadas comarcas. La organizacion administrativa del imperio transporta á los más lejanos países la artificiosa vida del centro, mientras allí recoge fecunda savia que, llevada á la capital, la sostiene un instante más en su lozanía, que pronto desaparece: movimiento repetido que gasta las fuerzas de la nacion y aniquila su poder. Parece que allí renace la grandeza imperial de Roma; mas se reproducen sus faltas, y no tardará tampoco en presentarse la catástrofe que, devorando su impaciencia, aguarda la ocasion empuñado ya el alfange.

Aficionados los griegos desde los primeros tiempos á las discusiones religiosas, surgian allí á cada paso las herejias que, dividiéndolos en bandos, eran causa de continuo malestar. Los mismos emperadores, ganosos tal vez de fama, ó porque á ello les movia el recuerdo de su poder en el paganismo, terciaban en las contiendas, haciendo crecer las rencillas y animosidades, que no siempre fueron bastantes á acallar las predicaciones fervorosas, ni la autoridad de los concilios. Viciada así la inteligencia de los griegos, no tardó su corazon en corromperse; el cáncer del *cisma* corroyó las entrañas del imperio, y desde entonces la vida era imposible. La division de las almas tuvo que trascender á los cuerpos, y los genoveses y venecianos heredaron su poder en los mares, y los rusos, los turcos y los árabes se repartieron sus provincias: aquellos recogieron en sus naves, como símbolo de la ciudad de Constantino, las banderas de la cruz, y las trasportaron allí donde pudiesen flotar á los vientos de la piedad y la

creencia; estos se apoderaron no más del corrompido cuerpo, que vino á ser digno pedestal en que se asentara la media luna. ¡Cuán claro aquí se muestra la vida, cuando el Estado recibe el calor de las creencias, y cómo se vé aquí venir la muerte estinguendo el poder de los imperios si se apaga la llama de la fé!

IV.

¿Por qué se agita convulsa la Europa entera? ¿Por qué de nuevo blande las armas y se apresta por todas partes al combate? ¿Acaso aparecen nuevas oleadas de pueblos desconocidos que es preciso detener? ¡Ah! En la Germania comienza ahora tambien el movimiento; pero es un solo hombre el que comunica el impulso; un hombre tan solo, que por todas armas lleva en la una mano un papel, y en la otra una llave con que abre la tumba en que el Cristianismo encerrara la duda pagana. Y al dilatarse esta de nuevo por la atmósfera, agita sus capas, y el viento que produce enciende la tea de la discordia. A su dudosa luz leen los pueblos los escritos de aquel hombre, si es que no escuchan su voz que se deja oír en medio de aquel huracan terrible; y los pueblos fascinados creen á aquel que quiere acabar con las creencias, y los reyes escudan con su autoridad á quien la conculca; y mientras la tea va quemando los lazos sociales, y los pueblos y los reyes se encuentran desligados, y los pueblos reclaman al rey sus derechos, y los reyes demandan al pueblo los suyos, y ni el rey puede otorgarlos, ni concederlos el pueblo, porque aquel hombre absolviera á ambos de sus deberes. Y entonces se piensa en la guerra, tribunal digno de contendientes tales, y la sangre corre, y los tronos caen, y....

Apartemos la vista de este cuadro que nada grande ofrece, ni nada digno, donde nos horrorizaran tanta matanza, tanta destruccion, tantos desastres. ¿Ni á qué esperar su resultado, cuando acertadamente podemos calcularlo, ilustrados por los provechosos ejemplos anteriores? Cerremos el libro de la historia donde tales lecciones hemos recogido, y con la mano sobre él meditemos de nuevo cuando hayamos descansado.

FLORENCIO PLÁ Y SAMPEDRO.

ABRIL DE 1767.

ABRIL DE 1867.

(Continuacion.)

§ III.

Hemos visto en los dos párrafos anteriores los preludios de la espulsion de los jesuitas de España, y el carácter del año 1767 en que aquella se llevó á cabo.

Vamos á ver el modo con que se ejecutó, los sucesos que despues tuvieron lugar, el castigo providencial de los ejecutores, el modo con que luego que Dios alzó su mano quedaron deshechas las calumnias, desenmascarados los embustes, hundidos en el polvo los intri-gantes, y la Compañía reapareció por do quiera triun-fante, vindicada, más laboriosa, más enérgica, y hoy más apreciada que lo era hace cien años, combatida solamente por hombres cuyos elogios manchan, y que seria una desdicha la aplaudiesen.

La instruccion para llevar á cabo la espulsion de los jesuitas estaba escrita con tal minuciosidad, y des-cendiendo á tales pequñeces, que indicaba bien esa especie de fruicion del que va á vengarse y se recrea de antemano en contemplar los gestos y las convulsio-nes de la víctima.

El canciller no firmaba la pragmática, sino el teniente canciller, que se llamaba *D. Nicolás Berdugo*. Al buen señor le imprimieron su apellido con mala or-tografía, sin duda por disimulo.

Principiaba esta pragmática sancion diciendo, que las demás órdenes religiosas ofrecian confianza, satis-faccion y aprecio á la Corona por su fidelidad, doctri-na y ejemplar servicio. *Divide et imperabis*, decia Ma-chiavelo. Ya veremos luego lo que al año siguiente, 1768, decia sobre este punto *D. Nicolás Azara* en su sarcástica correspondencia.

El art. 2.º dice que la Corona se reserva los justos y graves motivos que tiene para tomar aquella medida contra los jesuitas, y que obra así «siguiendo en ello el impulso de *mi Real benignidad*.» Pues si á esto llamaban *benignidad* el Conde Aranda, editor responsable de la pragmática, y su adlátere el Sr. Berdugo, ¿qué reservaban estos señores para cuando faltara la be-nignidad?

A cada jesuita se le señalaban, si era sacerdote, cien pesos anuales, y noventa á los legos, pero con la condicion de que, si algun jesuita escribiese alguna apología de la Compañía, con intento de perturbar la paz del reino, cesaria la pensión de todos ellos. De modo que para dejar morir de hambre á todos aquellos españoles, bastaba escribir una apología á nombre de ellos, hacer como que se interceptaba, presentársela al Rey ó al Conde de Aranda, y cesaba al punto la pen-sion.

El Rey, como protector del Santo Concilio de Tren-to, dice en el art. 3.º que en la ocupacion de tempora-lidades de la Compañía se comprenden sus bienes y efectos, así muebles como raíces ó rentas eclesiásticas, á pesar de que dicho Concilio, ley de España, esco-mulga al emperador ó monarca que tal hiciere, en el

capítulo *Si quem clericorum vel laicorum quacumque is dignitate etiam imperiali aut regali præfulgeat*.

A bien que á su lado tenia Aranda al fiscal *D. Pedro Campomanes*, autor del *Tratado de la regalía de amor-tizacion*, obra puesta en el Índice espurgatorio, á pe-sar de las aprobaciones rebuscadas, y bien pagadas, segun da á entender un escritor coetáneo.

Pero descuella sobre todos el art. 16, que debe ser copiado integro para edificacion general, y en obsequio de los encomiadores de *Cárlos III* y de la libertad y del progreso de su tiempo. «Prohibo espresamente que nadie pueda escribir, declarar (en la ley recopilada *de-clamar*) ó conmover, con pretesto de estas diferencias, en pró ni en contra de ellas, antes impongo silencio en esta materia á todos mis vasallos, y mando que á los contraventores se les castigue como reos de lesa majestad.» Si los abogados españoles y yo no estamos equivocados, el castigo de los reos de lesa majestad por aquel tiempo era la horca; y por consiguiente, al que se atreviera á escribir ó declamar sobre la espul-sion de los jesuitas, se le amenazaba *ahorcarle*, y esto á la *veneciana*, es decir, ahorcando lo mismo al que elogiaba que al que censuraba.

La instruccion arriba citada para el estrañamiento y ocupacion de bienes (pág. 48 del tomo 1), principia con estas palabras: «Abierta esta instruccion cerrada y secreta en la vispera del dia asignado para su cum-plimiento, el *Executor* (la advertencia lo llama así y lo escribe con letra cursiva) se enterará bien de ella con reflexion de sus capitulos, y disimuladamente echará mano de la tropa presente, ó en su defecto se *reforzará de otros auxilios de su satisfaccion* (sic) *procediendo con presencia de ánimo, frescura y precaucion, etc.*»

¿Qué más se podia pedir que encargar á los *execu-tores* tuviesen *frescura*? *Walter Scott*, en una de sus no-velas, describe los dos verdugos que tenia *Luis XI* de Francia por *executores* de las *obras altas* de Paris y otros puntos de Francia: el uno ahorcaba llorando, y el otro ahorcaba riendo, como quien dice, *con frescura*.

El art. 2.º advierte al *executor* cómo ha de llamar á la puerta. El 3.º principia mandando que se eche mano á todos, incluso el cocinero.... ¡Buenos eran los se-ñores de entonces para olvidarse del cocinero!

Prevéese en el art. 24 el caso de los viejos de edad muy crecida ó enfermos, *que no sea posible remover en el momento*: cuídese en este punto de no admitir fraude ni colusion, esperando á tiempo más benigno ó á que su enfermedad se decida.

No descenderemos á más pormenores sobre de-signacion de puntos de reunion para el embarque y otros.

Para la espulsion de los jesuitas de Madrid habia instruccion particular (pág. 25). Estos debian salir en dos divisiones ó tandas, escoltados por tropa de caballería, y la instruccion marcaba hasta el tiempo de salida. «La primera *arrancará* el jueves por la mañana y la segunda al medio día.»

«A cada oficial, sargento, cabo y soldado de la escolta se le dará doble paga diaria de la que gozan, y hará Vmd. asistirlos de *pan, paja y cebada*, dando el recibo el que mandase cada una.» Se entiende que la paja y cebada seria para los caballos de los soldados, aunque la redaccion del artículo parece decir otra cosa. Esta instruccion estaba fechada el 31 de Marzo, y con orden de que al dia siguiente estuvieran preparados doscientos alojamientos en Getafe, donde debian pernoctar los espulsos de Madrid.

Habia en ella alguna advertencia para procurar mitigar la situacion de estos, pero las noticias que han llegado hasta nosotros son de haber sido tratados con dureza y poca consideracion por los ejecutores, aunque de esto serian probablemente responsables los subalternos, contra la voluntad de los jefes.

A pesar de las precauciones tomadas para la confiscacion de todos los bienes muebles é inmuebles, el despilfarro y robo de ellos fué escandaloso, y solo se salvó lo que absolutamente no se podia robar por ser muy conocido. Cuadros, alhajas, libros, monetarios y demás, fueron saqueados á mansalva, y lo acreditan, no solamente las quejas que se dieron despues, sino tambien la escasez y poco valor de los que fueron á parar á las bibliotecas y demás puntos á donde se destinaban. Con fecha 14 de Octubre de 67 se mandaba formar inventario de los *peltrechos* (sic), de las imprentas que tenian los espulsos, y firmaba la circular Pedro Rodriguez Campomanes (fól. 99 del tomo 1). ¡Al cabo de medio año se hacia inventario de imprentas! ¿Qué habria quedado en ellas?

Con fecha 2 de Mayo de 1769 se comisionó al pintor Mengs y á D. Antonio Ponz para entender en lo relativo á objetos de arte. Al cabo de dos años ¿dónde estarían los de valor?

No omitiremos recordar que tres dias despues de esta circular se dió por el mismo Campomanes la Real cédula de 18 de Octubre de 1767, en que se imponía *pena capital* á cualquier lego jesuita que entrase en España fugitivo, y lo mismo á sus auxiliares: á los ordenados *in sacris* se les imponía reclusion perpétua. La frase (para que no haya duda acerca de ella) se encuentra á la pág. 101, línea 32 del dicho tomo 1, y dice así: *como proscripto incurra en pena de muerte siendo lego.*

Como se ha negado que el *piadoso* Aranda mandase ejecutar la espulsion con amenazas de pena capital, conviene dejar probado este hecho, y aun pudieran añadirse más pruebas.

#### §. IV.

La ocupacion de las casas de los jesuitas estaba señalada para el dia 2 de Abril en todas partes, pero se adelantó la ejecucion en Madrid y en otras varias casas. No habiendo llegado á las más remotas la orden de adelantar la ejecucion, se retrasó en ellas hasta la noche del 2 al 3 de Abril.

Reunidos en los puntos señalados de antemano, fueron conducidos todos á varios puertos, y embarcados en Tarragona los de la Corona de Aragon, en Cartagena los de Castilla la Nueva y otros puntos, en la Coruña los de Galicia y Leon, en el Puerto de Santa María los de Andalucía y Estremadura, en Santander los de Castilla la Vieja, y en otros puertos los que estaban próximos á ellos. Toda aquella masa, que no bajaba de unos seis mil españoles, fué organizada á estilo militar para su asistencia en los buques, donde pasaron mil privaciones, pues al ir á desembarcarlos en los puertos de Italia no se les queria admitir en ninguno. Las privaciones, molestias y vejaciones que sufrieron serian largas de referir; el Gobierno, por otra parte, no permitía hablar acerca de ellas, ni escribir, ni comunicarse con los pacientes.

Bien conocida es la carta primera del tomo iv de las familiares, escritas por el P. Isla, uno de los espulsos de la Compañía, bien conocido por su genio jovial y franco, que no le abandonó ni aun en aquellos tristísimos momentos. Esta primera carta que pudo dirigir á sus hermanos, lleva la fecha de 17 de Diciembre de 1768, es decir, que al cabo de veinte meses pudo, por primera vez, escribir á su familia. Como muestra de aquellos trabajos copiaremos esta carta, por la cual se puede inferir los padecimientos de todos los demás. Debe saberse que el P. Isla fue embarcado en la Coruña, pero debiendo constar, en honor de la verdad, que habiéndole ofrecido dejarle permanecer en su convento hasta su completo restablecimiento, se negó á aceptar aquella oferta, diciendo generosamente: *Que si podia esponer su vida sin perjuicio de la conciencia, queria absolutamente esponerla por lograr el consuelo de morir con aquellos con quienes habia vivido.* Esta contestacion no fué solamente del P. Isla, diéronla otros muchos en términos análogos, y los PP. Pignatelli, cuya aristocrá-

tica parentela tenía empeño de que permaneciesen en España con cualquier pretesto.

«Desde España á Civita-Vechia (dice la citada carta de Isla), desde Civita-Vechia, puerto pontificio, con solo un día de detención, á la rada do Orbitelo; desde Orbitelo, con dos días de descanso, al puerto de San Fiorenzo, en la isla de Córcega; desde San Fiorenzo (donde nos mantuvimos á bordo tres semanas) al puerto y presidio de Calvi, en la misma isla; desde Calvi (después de quince meses de mansión) de repente al puerto de Génova; desde el puerto de Génova (anclados en él por espacio de nueve días) al lazareto de la misma ciudad, donde nos alojamos al pié de mil trescientos hombres; desde el lazareto (donde estuvimos encerrados dos semanas) á Sestri de Levante; desde Sestri de Levante (con el descanso de nueve días), unos por tierra y otros por mar, al Boloñes Yo escogí, entre otros muchos, este segundo partido, que nos salió el menos penoso y costoso; y desde Sestri pasé embarcado á Liorna, donde descansé tres días, y tomando la ruta, con el destacamento que mandaba, por Pisa y por Florencia, llegamos á Bolonia, en cuya Legacia se acuarteló *todo mi regimiento*, dividido en varios destacamentos más ó menos numeroso, según la capacidad de los palacios que ocupan en los contornos de dicha ciudad, dentro de la cual ninguno tomó cuartel por el excesivo precio de los víveres á que no alcanza nuestro pobre sueldo.

«A mí me tocó el destacamento de la plana mayor (que manda Fonseca), á cuyo número fui agregado desde que saltamos en Calvi, donde mandé un pequeño piquete. En todos estos giros y regiros se han padecido los trabajos que se dejan considerar, pero gracias al Señor he tenido salud, he tenido fuerzas, he tenido constancia, y aun he tenido singularísimo consuelo.»

No cabe decir más en menos espacio: es cuadro pintado por mano maestra. El P. Isla manifiesta á su cuñado que el poco dinero que le dieron de limosna al salir de España, se acabó al punto, y que con su limitado sueldo apenas tenía *para una escasísima y pobrísima comida*. Y si esto sucedía al P. Isla, escritor fecundo, cuyas producciones habían sido aplaudidas y muy buscadas en España, ¿qué sería de los demás? *Ab uno disce omnes*.

El primer navío que llegó de Civita-Vechia llevaba setecientos jesuitas aragoneses: entre ellos iban los Padres José y Nicolás Pignatelli, hermanos del conde de Fuentes, embajador en París. En una carta de Roda al caballero Azara, que forma parte de la truhanesca correspondencia privada que seguían estos dos diplomáticos, y de que hablaremos luego, le dice con fecha

28 de Julio de 1767: «que se les habían interceptado varias cartas en las que aplauden la resolución del Papa de no admitirlos, y sufren estos trabajos como un martirio por el bien de la Iglesia perseguida. Los aragoneses son los más fanáticos y todos desean perder la vida por la Compañía <sup>1</sup>.»

Suponemos que las cartas se reducirían á disculpar la conducta del Papa, que no los admitía en sus Estados, porque no *podía* admitirlos. Como todos aquellos señores diplomáticos se consideraban dispensados del octavo mandamiento de la Ley de Dios, siempre que se trataba de los jesuitas, es de creer que los aplausos se reducirían á eso.

Véase en cambio el siguiente párrafo de la carta que el mismo Roda escribía al caballero Azara en 14 de Abril de 1767. «Por fin la *operacion cesárea* se ha terminado en todos los colegios y casas de la Compañía de Jesus en España. Según las comunicaciones que nos acaban de llegar, ya están caminando todos hácia los diferentes puertos donde han de ser embarcados. Allí os mandamos esa buena mercancía. No ha habido resistencia ni motin (¡Ah!) en ninguna parte. Se conoce que los *Terceros* no son tantos como se creía.

El buen señor, con fecha 7 de Abril, hacia ascender á medio millón los que pensaba *regalar al Papa*.

«Del miércoles al viernes ha quedado ejecutada la *operacion cesárea* en toda España. El 6 de Marzo se han espedido iguales órdenes para todas las Indias. En su consecuencia, *haremos á Roma un presente de medio millón de jesuitas*.» ¡Que noticias tan exactas tenían aquellos buenos señores! ¡Que *filantropía tan filantrópica* atesoraban aquellos golillas en sus tiernísimos corazones de gutta-percha!

En cuanto á la frase quirúrgica de la *operacion cesárea*, en efecto, estuvo muy feliz el *candoroso* ministro Roda, pues la operacion consiste en sacar al hijo de las entrañas de la madre muerta ó moribunda. Podía preguntársele: ¿quién es la madre de esos seis mil españoles que espulsais de su patria? Muchos actos de barbarie ha ejecutado el *cesarismo* antiguo y moderno desde el César Neron, de grato recuerdo, hasta los simpáticos césares moscovitas; pero en verdad que la *operacion cesárea* de Aranda, Roda y compañía es una de las más humanitarias que se registrarán en sus anales. Oigamos cómo la califica el protestante Schoell en su *Curso de historia de los Estados europeos*, tom. LX, página 53. «La manera con que se ejecutó esta nueva espulsion da una triste idea de la presunta filantropía

1. Cretineau-Joly publicó el facsimile de esta carta en su *Clemente xiv y los jesuitas*. Véase al fól. 187.

de los corifeos de la filosofía. Injusta había sido su conducta con los jesuitas franceses, pero la conducta que se siguió con los jesuitas españoles, á quienes la República de Génova concedió un asilo en la isla de Córcega, *fué bárbara*. Se arrojó á aquellos religiosos en los barcos, y en medio de un calor sofocante se los hacinó sobre cubierta unos sobre otros, espuestos á los ardores de un sol canicular. En esta conformidad fueron trasportados nuevamente á Génova y de allí á los Estados Pontificios.»

A estos seis mil jesuitas españoles, procedentes de España, se vinieron á agregar luego los otros cuatro á cinco mil procedentes de América y Filipinas, en donde se les espulsó de ciento treinta pueblos, de los cuales los veinticuatro eran *Misiones*. Los espulsados de Filipinas fueron durante la travesía objeto de tratamientos brutales, acerca de los que hay tradiciones lastimosas. Los procedentes de América no fueron tan mal tratados, sin que por eso pueda decirse que fueran atendidos decorosamente.

(Se continuará.)

VICENTE DE LA FUENTE.

### LA CUNA VACIA.

Bajaron los ángeles,  
Besaron su rostro,  
Y cantando á su oído dijeron:  
«Vente con nosotros.»  
Vió el niño á los ángeles  
De su cuna en torno,  
Y agitando los brazos les dijo:  
«Me voy con vosotros.»  
Batieron los ángeles  
Sus alas de oro,  
Suspendieron al niño en sus brazos  
Y se fueron todos.

De la aurora pálida  
La luz fugitiva  
Alumbró á la mañana siguiente  
La cuna vacía.

J. SELGAS.

### EL CATALICISMO EN LA ARGELIA 1.

El pasado.—El presente.—El porvenir.

ARTÍCULO TERCERO.—EL PORVENIR.

El porvenir del Catolicismo en la Argelia, como en todo el litoral africano y asiático del Mediterráneo, depende en gran manera de la solución de la cuestión de Oriente; y esta solución, no hay que hacerse ilusiones, llama continuamente á las puertas de los gabinetes diplomáticos, y ya no puede dilatarse. Ahora bien, acostumbrados hace tres siglos los mulsumanes de los litorales indicados á recibir protección y tributar obediencia, más ó menos directamente, al gobierno de la sublime Puerta, resisten con tenacidad toda otra presión, se apartan de toda otra influencia, y allí vuelven los ojos desde la misma Argelia, á pesar de amargas decepciones, cuando piensan en sublevaciones insensatas. Constantinopla, por la media luna, es el fuego que da calor á su fé y el faro que sostiene su esperanza.

Esta sola razón debiera bastar para que la noble Europa arrojase de su seno á los necios sectarios de Mahoma, estacionarios en su doctrina antisocial y antitéticos á todo progreso, si ya no bastasen las razones históricas y los derechos de otras razas avasalladas.

El Occidente de Europa retarda este deseado instante por temor de que el Czar pueda ser el sucesor del Sultan; pero conocida la dificultad, fácil es siempre el evitarla; y con mayoría de razón cuando en la misma Rusia hay un partido potente y numeroso que se opone á la extensión del imperio en Oriente. Convenimos en que su resurrección no debe hacerse en pró de ninguna nación determinada, ni siquiera creando un grande Estado por la extensión de la Grecia libre, no; pero de los Estados europeos del Sultan deben formarse, consultando elementos históricos y políticos, diferentes Estados cristianos, á imitación de lo hecho en Grecia y de lo que indirectamente se está haciendo en los principados del Danubio. Y este grande acto político no podría dejar de ser igualmente un grande acto religioso: así lo comprendían los griegos del Peloponeso cuando al seguir á su arzobispo Germanos, al principio de su levantamiento, se detenia á bautizar á los niños turcos que en su camino encontraban.

Tampoco debe detenernos en la empresa el temor de que siendo numerosos en Oriente los que siguen el cisma griego, para el cisma más que para la religión verdadera se trabaje; porque además de que tenemos allí muchos hermanos de la Iglesia católica latina, se conservan también muchísimos de la Iglesia griega unida. Por otra parte, faltando al cisma el apoyo que le presta indirectamente la autoridad de la Puerta, pasarían muy pronto territorios enteros al ejercicio de la religión verdadera; porque ha desaparecido ya la principal causa de la divergencia. La separación de los griegos nació de la rivalidad de Constantinopla con Roma, y no por otra causa la apoyaron los emperadores de Oriente, cuando la inició el necio orgullo del

1 Véase el número sexto.

falso patriarca Focio en el siglo IX, y cuando en el siguiente la consumó Cerulario. Ahora bien, fuera de la separación de la autoridad de la Silla de Pedro (cuya prerrogativa de honor todavía se le concede por los griegos más ilustrados), la grande y principal diferencia dogmática, esto es, la adición del *filioque* en el símbolo, que de ellos nos separa, es puramente teológica; y no puede privar á aquellos pueblos de venirse en masa á la verdadera Iglesia (como recientemente hemos visto en la Bulgaria), cuando más en contacto con nosotros vean la diferencia entre disciplina y disciplina y entre clero y clero; siendo siempre una gran verdad la afirmación de San Vicente de Lerins, de que de la separación de la iglesia griega data la decadencia de su clero y la de todo el Oriente.

Tengo, pues, por una gran verdad de que así como los protestantes van cediendo individualmente á la evidencia de la verdad católica, vendrán las poblaciones griegas colectivamente á nuestra Iglesia desde el momento que en Oriente se formen algunos Estados cristianos; y anticipándome á una objeción, diré que si esto no ha sucedido en la Grecia libre, á pesar de haber tenido un soberano católico (que la Francia con poca previsión ha permitido destronar), ha sido porque entra en el pensamiento diplomático de aquel pequeño Estado el influir por su Iglesia en el porvenir del Oriente.

Al arreglo de la cuestión oriental respondería un gran cambio en los espíritus de los pueblos mahometanos del litoral del Mediterráneo, que ya no tendrían ejemplo ni apoyo en la temida y respetada Stambul. ¿Cuál podría ser este cambio en la Argelia? ¿Cómo obraría sobre las diferentes razas, no cristianas, que la pueblan?

No es necesario tener en cuenta los veinte mil judíos que allí habitan; porque esa raza, que no es más que una triste ruina de un gran monumento, una elegía que recuerda un gran crimen, no puede nunca tener influjo alguno por la abyección á que la reduce su misma desgracia. Tampoco por su escaso número puede darse importancia á los tres mil negros idólatras, venidos desde Tombuctu, ni á los seis mil descendientes de turcos de Constantinopla, ni aun á los moros, algo más numerosos, y resultado de agregaciones y apostasias de todos los pueblos mediterráneos. Las dos razas que allí preponderan son la kabila y la árabe: esta última es superior en número, como que llega á millon y medio de individuos, mientras la primera apenas alcanza un millon; pero en cambio, ¡cuán superior es esta en vigor, en civilización y en amor al trabajo!

Son los kabilas descendientes de los gétulos y bérberes, y por consiguiente raza indígena y connaturalizada con el suelo, al paso que los árabes son una raza exótica, como su mismo nombre lo indica.

Habitantes los kabilas de las alturas, su mayor población está reunida en las vertientes del Júrjura, en lindas poblaciones reunidas y en medio de terrenos cultivados, reconociendo el derecho de propiedad, viviendo con costumbres municipales propias, y sin practicar generalmente la poligamia. Sus mujeres con-

servan, como recuerdo de alguna tradición perdida, la costumbre de pintarse una pequeña cruz en la frente. Sin haber podido ser dominados por los romanos, ni completamente vencidos por los invasores que les sucedieron, después de haber opuesto heroica resistencia á los franceses, son hoy los súbditos más leales y más útiles, y trabajadores fuertes y entendidos en todas las industrias.

Habitantes los árabes de las llanuras, sin domicilio fijo y conservando solo sus tiendas hasta que esterilizan la tierra que arañan, sin aptitud para otros trabajos por sus pobres condiciones físicas, por su pereza, por sus vicios, y hasta por su vestido talar, son refractarios á toda civilización.

La salida de los turcos de Europa sería acogida con resignación y sin ira por los kabilas. En los árabes por el contrario, produciría desesperación y reconcentrado encono, que se conservaría de generación en generación, como se conservan todos sus malos instintos, y especialmente el de su terrible envidia á todo lo que se alza sobre el común nivel, envidia de que por desgracia quedan hondos vestigios en los pueblos europeos que han dominado. Todo el empeño de la Francia debía, en mi entender, consistir en asimilarse la raza kabila y alejar la raza árabe á los confines del desierto. Con el establecimiento de nuevos pueblos de europeos y relaciones de familia con los kabilas, podría conseguirse fácilmente. No son estas hasta ahora frecuentes: dos conozco que habiendo empezado por la fuerza fueron cimentadas por el mayor cariño; y como se trata de dos compatriotas nuestras, no puedo resistir á la tentación de referirlas.

Las niñas Concepción y Magdalena (reservo los apellidos por razones fáciles de adivinar), de extraordinaria hermosura, fueron robadas por la traición de un italiano, de una de nuestras ciudades; y después de atravesar el imperio de Marruecos, fueron vendidas á Abdel-Kader antes de su derrota, y entregadas por él mismo á dos de sus capitanes. Magdalena casó con Sichef-ben-el-Arche de Djelfa, el cual después de la conquista sirvió á la Francia con lealtad y murió últimamente peleando en el campo francés. Concha casó con Si-Mohamed-ben-Abdeslam, que habita bajo su tienda no lejos de su hermana. Ambas se creyeron felices y ejercieron gran influencia con sus maridos, pretendiendo ahora los principales jefes de la comarca á la viuda de Ben-el-Arche.

Alejados los árabes y asimilados los kabilas, es obra del tiempo hacer que toda la Argelia sea cristiana; y con análogos sistemas, en todo el litoral Mediterráneo, desaparecerá para siempre el Corán de este antiguo mar de la civilización, surcado por los Apóstoles. Apercibo á través de las sombras del porvenir, pero con toda la claridad de mi fé, el momento en que esto sucederá. Sería temeridad señalarlo; pero así como creo que no será antes que se hayan blanqueado los huesos de las presentes generaciones, creo igualmente que el término no escederá de un siglo.

P. DE JOVE Y HEVIA.